

IX

El hermano Vicente tenía un tirano cuyas exigencias sobrellevaba con mansedumbre.

Era aquel zapatero convertido, que traía á la nueva fe todas las violencias de su antigua fama de devorasantos. Hablando á su protector le aterraba con los aspectos sanguinarios de su devota vehemencia. No había más verdad que la religiosa, y al que no la aceptase, ¡leña! Un poquito de Inquisición no estaba de más en estos tiempos de herejía y desprecio á Dios. Era el ardor del neófito que asusta al maestro, la audacia del renegado que quiere borrar con tremendas exageraciones el recuerdo de su historia.

Además, se creía con derechos absolutos sobre la persona y los bienes de su catequista, y miraba con hostilidad á la pareja que vivía con el señor Vicente, sospechando que le despojaban de una parte de lo que consideraba como suyo.

No hablaba con él, que no le hiciese preguntas sobre la vida de aquel matrimonio, enterándose minuciosamente de la puntualidad con que cumplían sus compromisos.

—¡Aún no le habrán pagado el último mes!—decía al avistarse con el santo.—¡Ni el anterior

tampoco!... ¡Y usted tan tranquilo! ¡Qué hombre, Señor Dios!... Eso no es caridad, don Vicente: eso es tontería. La caridad debe comenzar por los buenos, por los que defienden las sanas doctrinas. Es una vergüenza que usted pague por esas gentes, mientras me abandona á mí que tengo familia, que soy su hijo y vivo como buen católico.

El hermano excusábase tímidamente, rebañando sus bolsillos para acallar con alguna dádiva las protestas del temible discípulo.

—No son mala gente—afirmaba refiriéndose á sus huéspedes.—Los pobrecitos tienen tan poca fortuna, que hay que ayudarles. Ella es una excelente muchacha: tan trabajadora... tan modosita...

—Pero no van á misa, don Vicente: fíjese usted y verá como nunca entran en la iglesia. El es un impío que ha escrito en los peores papeles. Entre usted un día en su habitación, busque bien, y verá como encuentra á montones los escritos contra el Señor y los santos... Además, me da el corazón que no son casados: esa pareja no vive como Dios manda.

El crédulo hermano protestaba. Su discípulo incurria en el pecado de murmuración: pensaba mal de todos; eran resabios de su antigua vida. ¿Por qué no habían de ser casados? El señor de Maltrana y ella se lo habían asegurado y debía creerles... Cada uno en su casa, evitando chismes y curioseos, y al que fuese malo ya lo castigaría Dios.

—Eso es—mugía el discípulo.—Ellos, á vivir de gorra; á comerse el dinero de usted, que es mi padre, mientras yo rabio, sin poder darme el gusto de ir á las Cuarenta Horas ó al sermón, trabajando, para que la mujer y los chiquillos coman apenas.

—Todo se arreglará—decía bondadosamente el hermano.—La misericordia del Señor es grande y á todos alcanza.

Isidro, adivinando la hostilidad del zapatero, le acogía con duro gesto, cuando se presentaba en la casa buscando al señor Vicente. Se burlaba de su religiosidad feroz; presentía el despotismo que ejercitaba sobre el catequista, el abuso que hacía de su cualidad de alma redimida por el sencillo hermano.

Recordaba el joven ciertas estampas de santos misioneros, en las que aparecen éstos con un salvaje, prosternado á sus pies cual símbolo de las grandes conquistas realizadas en favor del cielo, y en sus conversaciones con Feli designaba siempre al remendón con el apodo del *Indio converso*.

Aquel bruto le causaba repugnancia por el furor con que defendía sus nuevas creencias, sólo comparable á la bestialidad con que había sustentado las anteriores. Además, le era antipático por el provecho que sacaba de su conversión, explotando al señor Vicente y amenazándole cuando no le daba bastante. El pobre hermano, siervo resignado de su gloria, esclavo de su propia conquista, inspiraba lástima á Isidro.

Hablaba en todas partes de su famoso triunfo; mostraba como un trofeo al *Indio converso*, exagerando inocentemente las horripilantes hazañas de su época de impiedad; pero después de esta exhibición, al quedar solos los dos, el catecúmeno insaciable, prorrumpía en lamentaciones sobre su miseria, no callando hasta convencerse de que en los bolsillos del santo sólo quedaban algunas oraciones impresas y migas de pan.

—Aquí ha estado á buscarle ese bruto—decía

Isidro al ver entrar al señor Vicente.—El *Indio converso*... su discípulo el remendón. ¡Valiente animal! Crea usted, que en el cielo no le agradecen esta conquista. Tendrán que habilitarle un pesebre al lado del caballo de San Martín ó la burra de Balaam.

—Señor de Maltrana—exclamaba el santo.—Más caridad... más amor al prójimo. El pobre es algo rudo; resabios de su pasado: pero es bueno y ama á Dios.

Y el santo parecía sufrir, al verse entre estas dos antipatías.

No se engañaba el *Indio converso*, al sospechar que su protector concedía algún apoyo á sus huéspedes. El santo veía el incesante trabajo de Feli; adivinaba, por sus ojeadas á la cocina, la penuria de los jóvenes; oía desde su cama los diálogos de la pareja, discutiendo los apuros del día siguiente.

Cuando Isidro se ausentaba, aproximábase él á Feli con cierta cortedad, dejando sobre el montón de corsés, lo que encontraba en sus bolsillos. Unas veces era un puñado de cobre, otras, una peseta, que regoteaba con su pañuelo antes de entregarla.

—Que no sepa nada el señor de Maltrana—decía con voz misteriosa.—Que el secreto queda entre usted y yo. Hay que ayudarse como buenos cristianos. Ese dinero me lo dieron esta mañana las buenas señoras que me protegen. ¡Para ustedes!... Ustedes son tan pobrecitos como los que yo visito en las afueras... Pero, no llore usted: ya vendrán días mejores: Dios aprieta, pero no ahoga.

Y reía de su caritativa malicia, que quedaba en el misterio, sin que el señor de Maltrana pudiese sospecharla.

El joven también debía sus favores al santo.

—Señor Vicente: con este mes, ya van tres que no le pago. Los negocios andan mal; en verano no se encuentra trabajo: pero ya llegará la buena época, cuando la gente regrese á Madrid, y entonces pagaré todos los atrasos de una vez.

—Vaya usted tranquilo, señor de Maltrana. Nada le pido; que Dios no nos abandone, y todos viviremos.

Isidro encontraba cada vez más dura y difícil su existencia. Las dos pesetas que ganaba Feli en el emballado, trabajando todo el día y gran parte de la noche, y los escasos reales que podía juntar á la semana, llenando cuartillas á diez céntimos, con destino á la revista social, no bastaban para las atenciones de su subsistencia. El orden y el método en la nutrición, que embellecían los primeros tiempos de su vida común, habían desaparecido con la miseria. Feli necesitaba todo su tiempo para el trabajo, y apenas si de tarde en tarde podía entrar en la cocina.

Maltrana, con toda su altivez intelectual, vigilaba el fogón, y, á falta de ocupaciones más importantes, aprendía torpemente de Feli el secreto de los guisos. ¿Dónde estaban aquellos pucheretes sabrosos de su luna de miel, aquellos platos que daban ganas de comerse á besos las manos de la amada hacendosa?... La vida era triste, y los pucheretes unas veces salían crudos y otras carbonizados. El fastidio de la miseria entorpecía de tal modo la actividad de los dos, que pasaban días enteros sin encender fuego, alimentándose con algún fiambre traído de la taberna.

Cuando les faltaba en absoluto el dinero, Maltrana lanzábase á la calle. Su descenso del cuarto piso, comparábase á la bajada del lobo desde las cumbres á la llanura, empujado por el hambre.

La víctima que el lobo infeliz buscaba con preferencia, era el señor Manolo el *Federal*. Lo esperaba en la oficina de la Puerta del Sol, y al presentarse el capataz exponíale las tristezas de su vida.

El buen *Federal* escuchaba con los ojos bajos, moviendo la cabeza, como si aprobase las palabras del joven, reconociendo que hablaba muy bien. Después se metía una mano en un bolsillo del pantalón, agitando la moneda de la venta, y acababa por entregarle un par de pesetas, sin queja alguna.

Todo aquello era culpa del viejo régimen.

—Ahí tienes—decía con expresión solemne—lo que es el unitarismo y la centralización. Tú tiés talento, y te mueres de hambre: y como tú, muchos. El centralismo sólo aprovecha á los pillos. El día en que cada Estado y cada quisque particular goce su autonomía, todos tendrán lo que merezcan... Esto te lo digo para que aprendas: para que os convenzáis de cómo os paga el unitarismo...

Y se cobraba el par de pesetas con una nueva avalancha de enrevesados razonamientos que Maltrana oía resignado.

En otros momentos de apuro, Isidro, por no molestar con tanta frecuencia al señor Manolo, se acordaba de su tío el *Ingeniero*, buscándolo en el café de San Millán. Le veía rodeado de ciertos amigos, tan viejos como él, alegres camaradas que formaban el catálogo de cuantas muchachas bonitas existían en los barrios bajos.

El *Ingeniero* no acogió mal la primera petición de su sobrino.

—Ya sé yo lo que es eso—dijo guiñando un ojo y dando palmaditas en la espalda de Maltrana.—

¡Las mujeres!... No hay nada como ellas para que un hombre ande lampando tras la peseta... Todas son gastosas, y no están contentas hasta que le sacan al hombre las mismísimas entrañas... ¿Cuánto necesitas? ¿Tres pesetas? ¡Pero, muchacho; si con eso no tienes ni pa una misa! Toma un par de duros: los hombres de verdad debemos ayudarlos; hoy por ti, mañana por mí.

Y le entregó el par de redondeles de plata con un ademán de compañero de armas.

—Oye: lo de tu matrimonio será filfa—continuó.

—Yo lo calé apenas me hablasteis. ¡Valiente tuno estás, sobrino!... Y la muchacha lo vale: una gachí con dos ojos como dos quinqués. Si no fueses de la familia, te la quitaba. Tú eres más joven, pero yo tengo un gran aquél para las mujeres. Que lo digan éstos.

Y señalaba á los camaradas que ocupaban la mesa.

Maltrana se marchó entre agradecido y molesto por las necedades de su tío, y no volvió á verle hasta pasadas dos semanas, acosado por nuevas necesidades.

—Hola... siéntate—dijo al verle el *Ingeniero*, con cierta displicencia.

Siguió hablando con sus amigotes, y de pronto dijo al sobrino:

—La otra noche os vi pasar muy cargados de paquetes á ti y á la gachí por la calle de Toledo. ¿Sabes que esa chica ha perdido mucho? Yo no veo bien, pero me parece que se ha puesto fea con ese tripón, moviéndose como una barca, y la cara hinchá, como si acabases de largarle dos tortas. Hasta me pareció que tiene los ojos más pequeños.

Maltrana sufrió en silencio estas palabras de su

tío, que aún le parecieron más molestas en presencia de su tertulia de majaderos. Sin embargo, fingió una sonrisa pensando en el dinero que podía darle.

—Creo—continuó el *Ingeniero*—que ha llegado para ti la hora de vámonos. Las mujeres duran poco: son como los pitillos: cuando se llega á más de la mitad, todo es ceniza, y hay que tirarlos. ¿Digo mal, caballeros?

Todos aprobaron la sabiduría del chamarilero.

Cuando Isidro creyó llegado el momento de formular su petición, el tío no la acogió del mismo modo que la otra vez. Había perdido para él su prestigio de mozo afortunado: ya no le inspiraba envidia: era un bobo sin *viveza* para salir del paso; se *caía* manteniendo á aquella golfa por el insignificante motivo de haberla puesto en estado interesante.

—Toma tres pesetas; no puedo darte más, y te advierto que son las últimas. Tengo muchos gastos, y los tiempos están malos. Aún no he vendido el órgano.

Maltrana comprendió que no debía esperar más del *Ingeniero*, y dejó de ir al café de San Millán.

La miseria les estrechaba cada vez con mayor crueldad. Feli estaba fatigada; había perdido la fortaleza de sus primeros días de labor. Avanzaba su embarazo. Con un supremo esfuerzo de la voluntad, inclinábase ante la obra, emballenando los corsés, bordando á mano las flores; pero apenas tenía acabada una docena, coloreábase su rostro con una ola de sangre, su cabeza daba vueltas, y echando atrás el cuerpo, cerraba los ojos como si fuese á desvanecerse. No podía trabajar más.

Mientras tanto, crecían los apuros de la casa, haciéndose más difícil la existencia de los dos.

Los adornos de su bienestar desaparecían; quedaba ya muy poco de la primitiva instalación. Isidro, más versado, por su antigua vida, en el arte de defenderse de la miseria, era el encargado de liquidar la escasa fortuna. Pieza á pieza, vendíalo todo. Ya no brillaba en el dormitorio, con el esplendor del oro, aquella cama que enorgullecía á Feli y había presenciado las mayores alegrías de la pareja. Dormían en el suelo, en un colchón, y pretendían demostrarse que así estaban mejor, siendo tan calurosa aquella época del año. El tintero, regalo de Feli, también había desaparecido. Su venta les proporcionó una cena, después de un largo día de ayuno. Comieron, pero la joven creyó que estaban menos unidos, después de la pérdida de este objeto comprado el primer día de vida común. Lo miraba como un fetiche de su felicidad.

También habían vendido sus ropas de invierno, aquel traje de gran gala, adquirido en la calle de Toledo, que marcaba para Feli el momento más culminante de su bienestar. En cuanto á las botas de color de limón, con su alta fila de botones, nada podían sacar de ellas; estaban tan destrozadas como las ilusiones de la infeliz pareja.

Maltrana, que en otros tiempos había hecho frente á la miseria, con la alegre inconsciencia del pájaro errante, se desesperaba y sentía pasar por su cerebro los más lúgubres pensamientos al ver á Feli, resignada y silenciosa, trabajando con sobrehumano esfuerzo, mientras la cocina estaba fría y no se encontraba en los rincones el más pequeño mendrugo.

¡La miseria, la mala bestia negra! ¡Cómo arañaba la carne! ¡Qué inspiraciones repugnantes soplaban en el oído!... Algunas veces los ojos de

Maltrana vagaban con sombría interrogación por las habitaciones del hermano Vicente. Ahora eran las mejores de la casa: estaban llenas de algo, mientras las suyas mostraban un espantable vacío.

Sentía la criminal tentación de agarrar algunos libros del santo y venderlos; de descolgar el Cristo ensangrentado y bajarlo al Rastro, para que sus primos lo comprasen. Tenía que hacer un gran esfuerzo para repeler estos pensamientos. El crucifijo sólo valía unos cuantos reales; los libros, que el santo guardaba con tanta estima, no servían, en su mayor parte, más que de papel de envolver.

La escasez, con sus angustias, le agriaba el carácter. El señor Vicente, tal vez por esto, parecía rehuir su trato. Entraba y salía sin verle, sin hablarle. Ya no se acercaba á Feli con su bondad misteriosa para dejar dinero encima de los corsés.

En cambio, una tarde que ella estaba sola, llegaron el *Indio conversa* y aquel cura viejo, vagabundo como el señor Vicente. Querían esperar á éste, y en vez de permanecer en la sala del hermano entraron en el cuarto de los jóvenes. El *Indio converso* indicaba con fieras miradas los retratos clavados en la pared.

Era lo único que restaba del primitivo bienestar. Maltrana no había intentado venderlos, pues conocía su insignificante valor. Además, en medio de su miseria, eran la única demostración de que allí vivía un intelectual.

El cura, siguiendo las ojeadas del *Indio converso*, examinaba con aparente distracción los retratos, y leía y releía los nombres impresos al pie como si temiese olvidarlos. Al mismo tiempo tosía con una expresión irónica. ¡Ejem! ¡ejem!... Y el

devoto remendón movía la cabeza como si contestase:

—¡Eh! ¡Qué tall! ¿No lo decía yo?...

Cuando supo Maltrana esta visita, prorrumpió en exclamaciones de cólera. De estar él allí les hubiera echado á la calle, para que aprendiesen á no curiosear en casa ajena.

Algunos días después notó Isidro que el señor Vicente, retardaba sus salidas matinales, ó volvía á casa muy temprano, como buscando una ocasión para hablar con él. Le miraba por la puerta entreabierta, al pasear por su biblioteca mascullando oraciones, pero no osaba pasar adelante como si temiese abordarle en presencia de Feli.

Una mañana, al salir Isidro, vió que el señor Vicente abandonaba al mismo tiempo su habitación, como si le esperase. Los dos se juntaron en el rellano.

—Señor de Maltrana, tenemos que hablar.

Le dolía mucho lo que iba á decirle, pero le obligaba la necesidad. Debía buscar una nueva casa: él abandonaría aquélla apenas acabase el mes.

—No puedo, señor de Maltrana; no puedo pagar el alquiler. Y no es que intente echarle en cara el no haberme ayudado. ¡Ave María! Usted no pagó su parte porque no pudo... pero yo me voy. Meteré los libros en cualquier sitio: me los guardará ese señor sacerdote que usted ha visto algunas veces. Viviré con el pobrecito zapatero; él y su familia desean tenerme con ellos; cuidarme un poco, que bien lo necesito.

Maltrana quedó anonadado por el nuevo infortunio que caía sobre él. ¿Adónde ir? Pero la nerviosidad de la desgracia, que agriaba su carácter, le hizo acoger con altivez esta contrariedad.

—Señor Vicente: usted es un buen hombre y no le creo capaz de tomar por sí solo tal resolución. Esto es cosa del *Indio converso*, que quiere monopolizarle, y tal vez de ese capellán amigo de usted...

El santo protestó, defendiendo á sus camaradas. No había que maliciar de ellos ni atribuirles perversas intenciones. El se marchaba porque era un pobre y no podía soportar el alquiler de la casa. Lo sentía por Feli y por Maltrana que le eran simpáticos, y no habían alterado su vida con disgusto alguno. Pero todos vivirían aunque se separasen: la misericordia del Señor es inmensa.

Y arrastrado por su afán de catequista añadió:

—Lo que usted debe hacer, señor de Maltrana, es ponerse bien con Dios; dar á ese ángel de bondad que vive con usted, lo que le pertenece: unirse á ella como dispone la Santa Madre Iglesia.

Isidro adivinó lo que el hermano quería decir. Se había enterado de que él y Feli no eran casados. El *Indio converso* era capaz de haber corrido todas las parroquias de Madrid, para convencer á su protector de que albergaba una pareja pecadora, entregada á la concupiscencia de la carne.

El gesto del señor Vicente delataba su repugnancia á vivir en contacto tan inmediato con el pecado. Maltrana se enfureció ante estos escrúpulos.

—Que seamos casados ó no lo seamos, ¿qué les importa á ustedes?—dijo con violencia.—Nos queremos; soportamos juntos nuestra miseria; somos compañeros de suerte, sin necesitar de compromisos y documentos. ¿Qué delito hay en esto?

El hermano levantó los hombros con inmensa extrañeza, como escandalizado de que se pusiera en duda este pecado.